



Madrid 31 de Diciembre de 1892.

## SUMARIO

Instancia, por *Estéban Marín*.—Juanito Palomilla, ó las desdichas de un Auxiliar permanente (histórico), por *Alfonso Marquez*.—¡Duerme, hijo mío! por *Jacinto Soriano*.—Charada, por *Tomás Villar*.—Gergológico.—Soluciones del número anterior.

## INSTANCIA

(Que en formas irregulares, é incomodada de veras, dirige al señor Monaras una de las *auxiliares* á que llaman *temporeras*.)

Ilustrísimo señor:  
Sin el natural rubor,  
que doy, por hoy, al olvido,  
voy á pedirle un favor  
con el respeto debido.

Antes que mis pretensiones,  
voy á exponerle, de paso,  
en unos cuantos renglones,  
ciertas consideraciones  
que creo que son del caso.

Copiando del extranjero  
el tipo de la mujer  
que gana, por sí, el dinero  
y no quiere depender  
del hombre tirano y fiero,

me hice yo *telegrafista*,  
tras reñida oposición,  
y perdí una *proporción*  
de un chico, corto de vista,  
que tocaba el saxofón.

Con diez reales no cabales  
pasaba, siempre en un brete,  
los apuros... naturales;  
pero, hoy... aquellos diez reales  
me los han dejado en siete!

Semejante menosprecio  
¿no es verdad que causa horror?  
¿Quién busca, sin ser un necio,  
*señoritas* á ese precio,  
ilustrísimo señor...?

Prosigo: dígame *usté*  
si es soltero ó si es casado.  
¿Que no me importa? Lo sé;  
pero yo lo he preguntado  
sólo para *tomar pie*.

Ya que usted no me contesta,  
cambio mi pregunta, ahora,  
á ver si obtengo respuesta:  
¿Usted sabe le que cuesta  
mantener una señora?

Señora, sea quien fuere,  
natural y no *pintada*  
que, como yo, se modere...  
(porque yo no *me doy* nada;  
puede usted verlo, si quiere.)

Mujer como manda Dios;  
porque, si del lujo en pos  
gasta esencias y *carmin*,  
y cold-cream y *veloutin*...  
¡Apague *usté* y vamos!

(Este es un dicho vulgar  
que... se me ha escapado, ¿estamos?  
Si, en serio lo ha de tomar,  
sepa usted que, ni *nos vamos*,  
ni le permito *apagar*.)

Conque ajuste usted la cuenta,  
y dígame francamente

cómo viste y se presenta  
una persona decente  
con una peseta ochenta.

¡Porque tal es el jornal  
que cobra una temporera  
que ha de vestir menos mal!  
¡Más gana una cigarrera  
con vestido de percall!

Corrija usted este yerro  
de su ilustre antecesor.  
¡Qué hogar encuentra calor  
con siete reales y un perro,  
ilustrísimo señor!

¿Qué mujer, que se respeta,  
á tal jornal se concreta  
para que un desvergonzado  
diga que tiene el Estado  
señoritas de á peseta?

Yo estoy inquieta... nerviosa,  
y para cortar en flor  
situación tan angustiosa...  
¡se me ocurre cada cosa,  
ilustrísimo señor!

Tratarnos así, es torpeza  
peligrosa por demás;  
que ya nuestra rabia empieza  
y... ¡nos liaremos las  
enaguas á la cabeza!

Y, bien á nuestro pesar  
siendo del Gobierno el bázulo,  
daremos un espectáculo  
sin poderlo remediar.  
¡Calme usted nuestro penar!  
¡Vuélvanos nuestros jornales!  
¡Evite futuros daños  
y tendrá amigas leales!

¡Dios guarde á usted muchos años...  
de vivir con siete reales!

Por la copia,  
ESTÉBAN MARÍN.

Diciembre 1892.

## JUANITO PALOMILLA

O LAS DESDICHAS DE UN AUXILIAR PERMANENTE

(HISTÓRICO.)

Juanito tuvo una de las mayores satisfacciones de su vida, el día que recibió el certificado de aptitud para el cargo de Auxiliar permanente de Comunicaciones. El se sentía con ánimos para desempeñar, no ya el servicio de una estación extrema, sino hasta el de una intermedia, aun con entronque de ronzal ó de ramal.

Como de un momento á otro esperaba su nombramiento para una estación más ó menos rural, todo lo tenía premeditado para el acto de la toma de posesión.

El oficio que había de dirigir al Alcalde; el del Director de Comunicaciones de la provincia; en fin, todo, hasta unas tarjetas, de fina cartulina, donde habría de leerse:

JUAN PALOMILLA DE ENTRADA

Administrador de Comunicaciones  
de

.....

Faltaba el nombre del pueblo que había de honrarse con la gestión telegráfico-postal del presunto funcionario. En la Dirección del ramo debían estar muy descuidados los servicios, cuando tanto demoraban su nombramiento. Y eso que el cacique de su pueblo natal escribía todos los días media docena de cartas, recomendando al chico con toda eficacia.

Al fin, como todo llega, llegó el día en que el anhelado documento vino á manos de Palomilla. En él se le nombraba para desempeñar la nueva estación de Sierragansos, con el haber anual de 250 pesetas.

Algo amortiguó el júbilo del novel auxiliar el verse nombrado para una estación de séptima clase. El la había solicitado de primera, ó, en su defecto, de segunda, porque creía merecérsele en conciencia, tanto más, cuanto que á Bobinas, uno de sus condiscípulos de la Escuela de Aplicación, le habían dado una estación de las más importantes de la provincia.

Y eso que el tal era el más borrico de la clase; como que en el examen de prácticas dijo que los componentes de la pila Callaud eran bicarbonato de sosa y ácido fénico.

Este contratiempo, sin embargo, fué sólo una pequeña derivación en el circuito de su dicha, cuyas corrientes, saturadas de felicidad en alta tensión, debían llevarle hasta vencer las mayores resistencias y contrariedades.

Así, sus preparativos de viaje fueron cosa de poco tiempo, y después de ofrecerse á todos sus conocidos en el cargo con que el Gobierno le había honrado, y de darle el último abrazo á sus primogénitos, emprendió su marcha hacia Sierragansos.

Mientras la diligencia zarandeaba á Juanito por los baches del camino, su imaginación se extraviaba en halagüeñas reflexiones. Aquel oficio de la Dirección que él releía mentalmente... «He dispuesto que pase usted á desempeñar la nueva estación, etc., etc.» ¡La nueva estación! Ahí era nada. Es decir, que no sólo se habían cumplido sus deseos, sino que además le daban una estación nuevecita, flamante. Como quien dice, miel sobre hojuelas.

La llegada de Palomilla á Sierragansos amortiguó las ilusiones del novel funcionario. Allí, ni había estación telegráfica, ni señales de que fuera á montarse. La Dirección le había nombrado para una estación no nueva, sino nonnata.

El Alcalde, á quien se presentó, le dijo:

—Se han empeñado ustedes en poner aquí el telégrafo. Bueno; pero no contar con el Ayuntamiento para nada. Este pueblo recibe media docena de cartas por semana, figúrese para qué servirá aquí el telégrafo. Esto ya lo dije cuando me consultaron, y también dije que más falta haría un camino vecinal. No somos

tan brutos para no comprender lo que nos hace falta. Por mi parte, sólo quiero que no me mareen mucho, porque si no mando cortar los alambres, y ya verá el Gobierno cómo las gastamos en ésta, cuando tratan de lucirse á costa nuestra.



Este *speech* de la autoridad local acabó de echar por tierra las ilusiones de Palomilla. ¡El, que esperaba allí un recibimiento magnífico, cual correspondía á quien, como él, llevaba á aquellos brutos la más preciada conquista de la civilización moderna!... ¡El, que se había propuesto ser un Administrador modelo y dejar fama de tal entre sus administrados!...

Para colmo de desgracias, el pueblo carecía de cartería. Sólo gozaba de un peatón, el cual estaba deseando dejar el cargo. Así, que, noticioso de la llegada del señor Administrador, se presentó á él, haciéndole entrega de la mochila.

Este conflicto fué el primero de la serie que había de desatarse contra el chico.

Cinco meses cumplidos tardó en verificarse la apertura de aquella estación, durante cuyo tiempo Juanito olvidó la poca práctica que había adquirido en la Escuela de Aplicación, hasta el extremo que ya dudaba si la D era un punto y dos rayas, ó una raya y dos puntos.



Para colmo de desgracia, durante aquellos cinco mal llamados meses no pudieron acreditarle haberes, y hasta quisieron formarle expediente por no haber dado cuenta por oficio de que los indígenas se dedicaban á hacer ratoneras y jaulas de pájaros con el hilo

de bronce de la línea, de la cual habían robado kilómetros enteros.

El día de la apertura, ó apretura, como decía el Alcalde, fué bien aperreado para Juanito. ¡Qué trabajos pasó para que el vértice lo recibiera aquellos despachos redactados por el Secretario del Ayuntamiento, en los que se decía «que aquella fecha debía señalarse con piedra blanca en los faustos de Sierragansos.»

Hasta el boticario, que era algo pariente del Director general, quiso expedirle su correspondiente salutación telegráfica, y aunque pagó su importe, cosa que costó trabajo, echó á perder siete hojas del núm. 1 antes de escribir una á su gusto, lo que proporcionó un disgusto á Palomilla, porque le habían dado contados los modelos.

Al siguiente día quedó incomunicado con el Centro. El hilo se vino otra vez al suelo. Con la otra banda tampoco podía entenderse. Al encargado de aquella colateral, un auxiliar recién nombrado, se le había parado el aparato, y á las llamadas que se le hacían contestaba pidiendo repetición á todo pasto. Al fin tuvo que ir allí un Oficial del Centro, en comisión, el cual reconoció *la avería*, que no era otra sino que el encargado ignoraba que había que darle cuerda al aparato de cuando en cuando.

Palomilla sintió mucho esta deficiencia de su colega, porque, lo que él decía:

— Es un descrédito para la clase.

Como si fueran pocas desdichas, el Alcalde, en vista de los muchos disgustos que le proporcionaba el telégrafo, pues el Gobernador quería hacerle responsable de los hurtos del hilo en su jurisdicción, se negó en absoluto á subvencionar los gastos de escritorio y utensilios, cosa que en un principio casi había prometido á Palomilla, y hasta mandó recoger cuatro sillas que había prestado para el acto de la apertura.

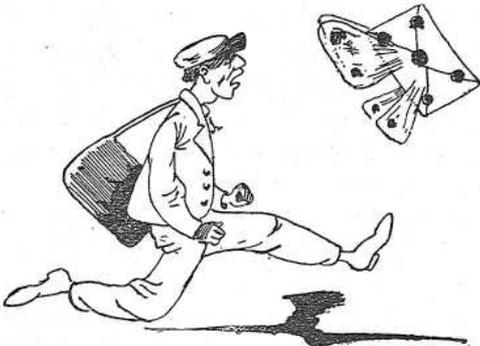
Mientras tanto, los Juzgados de diez leguas á la redonda enviaban exhortos á Palomilla para que declarase en las 55 causas criminales que se estaban incoando por hurto del hilo de bronce; el público le sacaba los colores al rostro, porque los pocos telegramas que se ponían llegaban con seis ó siete días de retraso; el Director de la Sección le amonestaba para que procurase sostener la comunicación con ambas bandas, recibiendo escala si era preciso, y avisando con oportunidad de cualquier avería; el Centro le apremiaba para que enviase la documentación en forma y á su debido tiempo; la Inspección le amenazaba por su poco celo en evitar los hurtos del conductor bimetálico, y hasta de la Administración principal de Correos le llovían advertencias y amonestaciones por faltas en ciertos detalles del servicio.

Tantos y tan continuados contratiempos empezaban ya á desalentar á Palomilla. Sin embargo, aún faltaba la bomba final, que pronto había de estallar sobre su cabeza.

Esta fué la pérdida de un pliego de valores declarados, por cuyo extravío se firmó el oportuno expediente, y aunque de éste no resultó cargo alguno contra Palomilla, sin embargo, como medida preventiva, lo trasladaron al Centro, donde en la actualidad se encuentra prestando sus servicios.

Allí le ha sorprendido la publicación del nuevo Re-

glamento, por el cual ha visto con pena que no podrá en adelante volver á encargarse de otra limitada, según sus deseos.



Porque aún tenía esperanzas de realizar su ideal de *perfecto administrador de Comunicaciones*, en otro pueblo donde no hubiera hilos de bronce y donde los indígenas fueran más civilizados y las autoridades más complacientes.

Y además, ¡le sonaba también al oído que le dijeran: El señor Administrador!...

ALFONSO MARQUEZ.

## ¡Duerme, hijo mío!

Duerme, hijo mío, luz de mi vida,  
duerme y reposa, joya querida,  
ramo de flores,  
de mis amores  
preciada prenda; que cuando el sueño  
cierra tus ojos, mi amante dueño,  
bajan del cielo blandos rumores,  
y en tu alba frente, pura y hermosa  
igual que un cielo limpio de nubes,  
tienden sus velos de oro y de rosa  
las aéreas manos de los querubes.  
Duerme, hijo mío,  
que yo te fio

velar tu sueño junto á tu cuna,  
mientras tu madre, con tierno anhelo,  
al ver tus gracias una por una,  
su amor te llama, su fe y su cielo.  
¿Quién que dormido llegue á mirarte,  
viendo tu rostro no ha de adorarte?  
¿Quién no contempla con embeleso  
tus rojos labios, nido de un beso?  
¿Quién no te adora,  
blanco lucero de blanca aurora?  
¿Quién no destierra pesar impío  
viendo tu sueño? ¡Duérmete ahora,  
duerme, mi vida! ¡Duerme, hijo mío!...

Tu madre hermosa, sus negros ojos  
también entorna; sus labios rojos  
sigue agitando,  
y murmurando  
esas canciones que te adormecen,  
y que susurros más bien parecen  
que blandas brisas van disipando.  
¡Dios os bendiga! ¡Sois las dos flores  
de mi existencia! ¡Sois mi alegría!  
¡Seres queridos de mis amores,  
sois dos pedazos del alma mía.

Duerme, mi niño,  
tú mi cariño,

la luz que ahuyenta luto y tristeza,  
tú de mis ojos querido espejo;  
mañana, apoyo de mi pobreza...  
consuelo, acaso, de un triste viejo!...  
¿Quién de tu sueño ve la bonanza,  
y en tí no encuentra dulce esperanza?  
¿Quién no te quiere? ¿Quién, que te mira,  
por tí no llora, reza y suspira?  
¿Quién no te ansía,  
alma adorada del alma mía?  
Por tí trabajo y en tí confío...  
paz de mi casa, luz de alegría...  
¡Duérmete ahora! ¡Duerme, hijo mío!

JACINTO SORIANO.

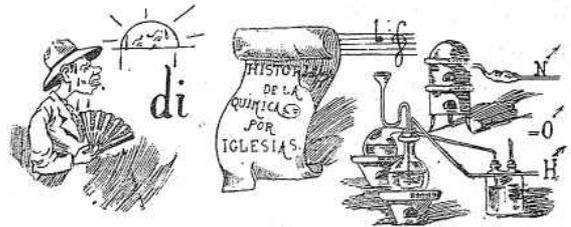
Martos.

## Charada

La primera es consonante,  
mas esto... no dice nada  
para acertar mi charada,  
si es que no sigo adelante.  
El que está *todo una* mi  
siquiera sea un instante,  
como el que esté *dos* de tí,  
no se le ve por delante  
si no se mueve de allí.

TOMÁS VILLAR.

## Geroglífico



## SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

A la primera charada: **IN-TER-ME-DIAS**.  
A la segunda: **LE-TRA-DO**.

## Telegramas en lista

*La sombra de Morse*.—Pues no sabía yo que el ilustre inventor tenía tan mala sombra.

*Ventura*.—¡Bueno! Oféndase usted todo lo que guste. En todo caso, me corresponde la elección de armas. Yo he side el primer ofendido, por ser el primero que leyó sus disparates. ¡No querrá Dios que los lean nuestros lectores! Si usted me mata, me llevaré á la tumba fría esas debilidades vergonzosas á que usted llama versos. Aunque... ¡cuando no me ha matado usted ya...!

*Pilili*.—¡Y va de seudónimos! Pero, caballeros, ¿estamos ya en Carnaval?

Después de lo que he contestado á Ventura, sería yo el último entre los cobardes si publicase *eso* que ha perpetrado usted; conque vaya usted preparando la tarjeta, los padrinos y... el almuerzo.

*Herodes*.—Herodes, sí, de las inocentes consonantes... ¡Se han lucido ustedes esta decena!